SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

LA MUJER DE UN OBRERO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JULIÁN NAVARRO

MADRID
IMPRENTA DUCAZCAL
Plaza de Isabel II, núm. 6

1902

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

LA MUJER DE UN OBRERO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JULIÁN NAVARRO



MADRID
IMPRENTA DUCAZCAL
Plaza de Isabel II, núm. 6

1902

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Julia..................	
Carlos................	
Pepe...................	
Felipe.................	
Luis....................	
El Doctor...........	

La acción en Madrid.—Época actual.
Derecha é izquierda la del actor.

ACTO ÚNICO

Sala muy pobre: á la izquierda del actor, primer término, una mesa con libros, un vaso con agua y un frasquito. En el fondo, derecha, una cómoda sin ningún adorno encima, dos sillas. Puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece CARLOS sentado y apoyando su cabeza sobre la mesa, durmiendo. JULIA sale con un plato, una taza y una cuchara, segunda puerta izquierda.

JULIA. Me da lástima despertarle, pero el médico ha ordenado que se le den buenos alimentos á fin de quitarle esa postración que le aniquila y le mata. ¡Carlos! ¡Carlos!

CARLOS. *(Despertando.)* ¿Qué quieres, Julia?

JULIA. Que tomes un caldito; mira, es de gallina y jamón; se le he pedido á doña Tomasa, la inquilina del principal, y ha prometido guardarme todos los días un pucherito mientras dure tu enfermedad. ¡Qué señora tan buena! ¡Dios se lo pague!

CARLOS. Qué horrible pesadilla he tenido. Soñaba que me quedaba ciego del todo, y eso que casi lo estoy, pues no distingo apenas los objetos.

JULIA. Pero curarás; me lo ha asegurado el oculista del Buen Suceso, y tengo fe en él. Anda, toma el caldo, no se enfríe. *(Le da la taza y bebe.)* Lo que siento es los dos días que hemos perdido de ir á la consulta; como se han reunido dos fiestas...

CARLOS. *(Deja la taza en la mesa.)* Hay que sufrir, como decía yo cuando estaba de buen humor y trabajaba. ¡Oh, qué tiempos aquéllos! ¿Verdad, Julia? Entré de aprendiz en una imprenta, y en ella he trabajado hasta hace dos años, que me despidió el dueño con el pretexto de que escaseaba el trabajo; ese es el agradecimiento y la consideración con que recompensó este industrial al que consagró su juventud, su inteligencia y su vista á enriquecer á aquel insaciable explotador de sangre humana, más tarde convertida en oro.

JULIA. No te acuerdes de eso.

CARLOS. ¡Oh! Hay que acordarse.

JULIA. Dios lo dispuso así, y...

CARLOS. No. Dios no dispuso eso. Dios no podía consentir que un hombre explote á otro hombre, que le extraiga el jugo y le convierta en una bestia, en una especie de autómata, que se mueve á impulsos de su capricho y de su voluntad.

JULIA. Ten conformidad, como la tengo yo; durante veinte años hemos vivido modestamente, pero felices: tú, trabajando y yo dando lecciones de francés; hace más de un año que estás enfermo, y en ese tiempo hemos agotado todos nuestros ahorros y recursos; ayer empeñé lo único empeñable que quedaba en casa... mis pendientes de boda... aquellos pendientes que me regalastes y que no he querido desprenderme de ellos hasta el último momento. *(Saca el pañuelo y se limpia los ojos.)*

CARLOS. ¿Y por qué lo has hecho?

JULIA. Porque tú eres primero; porque he tenido que comprar las medicinas que ha mandado el médico, y porque quiero que te pongas bueno. Mira, esta mañana, muy temprano, he oído una misa al cristo de la Fe, y le he pedido que me dé fuerzas y suerte para sacarte adelante. Si vieras, Carlos, qué tranquila me he quedado y qué rayo de esperanza ha penetrado en mi cerebro...

CARLOS. Sí, la religión es el consuelo del desgracia-

do, y yo adoro á Dios, pero aborrezco á los hombres.

JULIA. Carlos, deshecha esos pensamientos de aborrecimiento y odio y tranquilízate... Mira, ¿no ves como me río? *(Se ríe.)* Hoy estoy contenta y feliz; en cambio, otros días ¡qué horas tan amargas he pasado!

CARLOS. Dices bien; seamos felices en medio de nuestra desgracia.

JULIA. ¡Oh! Si nuestro hijo viviera... pero imposible;

CARLOS. Yo creo que no.

JULIA. ¿Y cómo antes nos escribía todos los correos?

CARLOS. Será prisionero de los tagalos.

JULIA. Dios quiera que sea así, porque entonces podemos abrigar la esperanza de tenerle algún día á nuestro lado.

CARLOS. Y Pepito sería en estas circunstancias nuestra providencia; él se pondría á trabajar y se acabarían nuestros apuros y angustias; tú descansarías y yo estaría tranquilo.

JULIA. Desechemos estos deseos y lloremos por él. *(Saca un pañuelo y se limpia los ojos.)* ¡Pobre hijo! ¡Y pensar que no le volveremos á ver más! Esto me desgarra el alma. *(Se limpia los ojos.)*

CARLOS. Vamos, no llores; ¿no ves que viéndote triste padece mi corazón de una manera horrible?

JULIA. Está bien. Consolémonos y esperemos en los altos juicios de Dios.

CARLOS. Es el derecho que nos queda á los pobres, el lamentarnos y sufrir llorando los reveses de la fortuna. Estas guerras que han matado ó inutilizado á nuestra juventud, no han servido más que para deshonrarnos y empobrecernos. Es verdad que todos debemos acudir á defender la patria cuando se halla en peligro; pero ¿por qué razón no han de ir todos á la guerra, pobres y ricos? ¿Por qué la ley no ha de ser igual para todos?

JULIA. Porque no puede ser; porque toda la vida ha sucedido lo mismo.

CARLOS. Es verdad; pero hoy, que hemos adelantado, que nos vamos civilizando, debemos abolir esa odiosa contribución de sangre. ¡Oh, la

existencia del pobre luchando por un portamonedas!

JULIA. No hablemos más de esto; tal vez la generación que nos preceda vea satisfecha estas aspiraciones. Siento dejarte por un momento, pero voy á la tienda de sedas de don Lesmes, que, como sabes, ha puesto en el escaparate un cartelito anunciándome como profesora de francés para casa de las discípulas, por que aquí no puede venir ya nadie, no tenemos ni sillas donde sentarse y...

CARLOS. No te molestes, querida Julia, será inútil.

JULIA. ¿Quién sabe? Por probar, nada se pierde. A ver si hoy tengo suerte.

CARLOS. Como quieras.

JULIA. Oye, si tardo, en la hornilla está el pucherito con el caldo; puedes tomar una tacita cuando quieras.

CARLOS. Bien; pero ¿y tú? ¿No comes nada?

JULIA. No te preocupes por mí. Si hoy he almorzado opíparamente, he hecho un despilfarro; he tomado un vaso de café económico de cinco céntimos y medio panecillo. ¡Ja, ja, ja! *(Se ríe amargamente.) (Va á la cómoda y saca un velo, que se pone; al sacar el cajón procurará que se vea está vacío.)* Me pondré el velo; así, de cualquier manera; en algún tiempo tenía espejos, pero... *(Suspirando.)*

CARLOS. *(Levantándose.)* ¡Julia!

JULIA. ¿Qué quieres?

CARLOS. Ven; permíteme que estampe un beso, no en la frente de una mujer, sino de un ángel como tú. *(La besa.)*

JULIA. Gracias, amigo mío. Atiende, aquí te dejo este vaso con agua, por si quieres beber, y el frasquito del láudano para que te frotes las sienes con ello cuando conozcas que te va á dar el ataque. Hasta luego. *(Vase foro.)*

CARLOS. Adiós.

ESCENA II

CARLOS.

Es un alma de Dios mi Julia, todo abnegación y buenos sentimientos; se está sacrificando por mí y trabaja sin descanso por que nada me falte, por sacarme adelante y restablecerme de esta endiablada enfermedad. Ni mi madre, si viviera, haría lo que Julia está haciendo. ¿Y hay quien dice que la mujer es egoísta, que no quiere más que su bienestar? No; se equivoca quien tal diga; la mujer del obrero, cuando á éste le falta el trabajo ò cae enfermo, como me sucede á mí, se la ve afanosa buscar honradamente un pedazo de pan con que mitigar el hambre que les devora á ella y á los seres que están bajo su cuidado.

ESCENA III

CARLOS.—FELIPE.—LUIS.

FELIPE. ¡Hola, Carlos! ¿Qué tal va ese valor?

CARLOS. Valor me sobra; lo que me faltan son fuerzas.

LUIS. ¿Y de la vista, qué tal?

CARLOS. ¡Ay, amigo Luis! Cada vez veo menos.

FELIPE. ¡Bah! No tengas aprensión; eso se curará.

CARLOS. Si es una debilidad tan grande la que tengo, que....

LUIS. Esa la haremos desaparecer con buenos filetes, no de plomo como los que usamos en la imprenta, sino de carne.

FELIPE. Y buenos tragos, ¿verdad?

LUIS. Me parece.

CARLOS. *(Se ríe amargamente.)* ¿Y cómo haríais vosotros ese milagro si os encontráseis en mi lugar?

FELIPE. Pues... con dinero.

CARLOS. Eso ya lo sé, Felipe, y no me habéis sacado de la duda. A ver, sentaros si podéis y explicadme ese enigma.

LUIS. *(Coge una silla y la coloca horizontalmente; Felipe y Luis se sientan.)* Una silla hay, pero la convertiremos en dos; los pobres tenemos que cabilar mucho para poder vivir.

FELIPE. Pues, amigo Carlos, la solución al enigma es la siguiente: Luis y yo, queriendo por el momento sacarte del apuro en que te encuentras, hemos organizado una suscripción en la imprenta, que nos ha dado por resultado el recaudar cuarenta y dos pesetas, que el sábado próximo te las traeremos, acompañadas de la lista de los donantes.

CARLOS. Gracias, amigos míos, mi gratitud será eterna.

LUIS. No tienes que agradecernos nada; es un deber de compañeros y de antiguos conocidos.

FELIPE. Además, los obreros debemos auxiliarnos mutuamente en nuestras desgracias y calamidades; si nos tocase alguna migaja del gran festín ó inmensa fortuna acumulada por unos cuantos caballeros particulares en el mal llamado Banco de España, pues debía llamarse España del Banco, nuestra situación sería otra; pero no hay remedio: si queremos comer, hay que trabajar; todo lo mejor que produce nuestro trabajo es para el mimado por la fortuna. El labrador le da su trigo, y él come centeno; el albañil le edifica palacios, y él vive en miserables tugurios, y...

LUIS. Es que somos de otra pasta.

FELIPE Eso creo yo; nosotros pasamos malas noches confeccionando el periódico, para que otros le lean mientras toman chocolate envueltos en ricas sábanas y acostados sobre mullidos colchones.

CARLOS. Eso es verdad; yo también he contribuído muchas veces á remediar los apuros en que veía á mis compañeros y aun el de algunos escritores, de esos sufridos obreros de la inteligencia, que se sacrifican en bien de la huma-

nidad, ilustrándola, y que, por lo regular, viven con las mayores privaciones y mueren en la miseria.

LUIS. ¿Te acuerdas de Gómez, el que escribía los artículos de fondo del periódico?

CARLOS. Ya lo creo.

LUIS. Pues ese me ha confesado que con lo que ganaba no tenía lo suficiente para vivir y ha tenido que entregarse en manos de editores sin conciencia que le explotan de un modo inícuo. Si viérais qué gracia me hizo el oirle contar lo que le pasó con un editor muy avaro... y, sin embargo, era el que mejor pagaba las obras. ¿No os parece esto una anomalía?

CARLOS. Y lo es, en efecto.

LUIS. Pues no lo creas; este editor ha comprado una finca fuera del radio y al lado de un asilo. El que quería trabajar para él, tenía que mudarse á su casa; si no, se quedaba sin vender sus obras.

CARLOS. Y así, al mismo tiempo, aseguraba el alquiler del cuarto.

FELIPE. No discurría mal el tal editor.

LUIS. El pobre escritor que caía en el anzuelo y se instalaba allí, era colmado de toda clase de atenciones. Eso sí, disfrutaba de un magnífico panorama; á la derecha, un asilo; á la izquierda, la cárcel, y en frente, un cementerio.

CARLOS. Eso sería para advertirle el fin que le esperaba después de haber trabajado tanto para enriquecerle.

FELIPE. Yo aprecio tanto á los periodistas y escritores que haría cualquier sacrificio por ellos; pero algunos tienen una letra tan endiablada, que hacen que perdamos un tiempo precioso en adivinar lo que han querido escribir.

LUIS. Y lo adivinamos, pues los cajistas, sin haber estudiado el bachillerato, tenemos que saber de todo; nosotros hacemos libros de matemáticas, de química, física y ciencias, gramáticas en inglés, francés y alemán. Yo sé traducir el italiano tan bien como el primero, y es

que he compuesto lo menos seis veces la gramática y el diccionario de este idioma.

FELIPE. Pues, sin embargo, hay hombres estúpidos que nos insultan, como aquel célebre orador y político funesto, por cierto, que dijo: «que el obrero tenía tan encallecida la palma de la mano como su inteligencia».

CARLOS. Sí, los políticos tienen talento, pero es para enriquecerse.

ESCENA IV

DICHOS.—JULIA, *quitándose el velo.*

JULIA. Buenos días, señores. ¿Cómo por aquí á estas horas?

LUIS. Hoy no trabajamos. Si es domingo.

JULIA. ¡Y es verdad! No sé ni el día en que vivo.

CARLOS. Estos amigos, además de venir á verme, me han prometido traer cuarenta y dos pesetas, producto de una colecta que han hecho entre los compañeros de taller.

JULIA. Dios os premie tan buena acción.

FELIPE. Eso no vale la pena.

LUIS. Apreciamos tanto á Carlos, que en cuanto comamos, vendremos á hacerle compañía toda la tarde. *(Se levantan, dejando la silla en un rincón. Carlos se sienta al lado de la mesa.)*

CARLOS. No sabéis lo que os lo agradezco.

FELIPE. Como vivimos al lado, enseguida estamos de vuelta.

LUIS. Hasta luego.

CARLOS. Adiós, amigos míos, y gracias.

ESCENA V

CARLOS.—JULIA.

JULIA. Hoy ha entrado la felicidad en nuestra casa: cuarenta y dos pesetas que te traerán tus compañeros y veinte que me han prometido á mí...

CARLOS. ¿Cómo ha sido eso?

JULIA. Ahora verás. He ido á la tienda de don Lesmes y ¡oh qué sorpresa! habían dejado un recado para que fuera la profesora de francés á casa de una señora y enseñe este idioma á una de sus hijas. Sin perder tiempo, fuí á verla y la he expuesto nuestra situación, que la ha conmovido de tal manera, que me ha recibido como á una amiga, diciéndome que me buscará lecciones entre sus amigas, ¡qué señora tan buena y qué discípula tan simpática! desde mañana empezaré á darla lección. He salido de allí loca de alegría, pensando en que tal vez la miseria desaparezca de esta casa.

CARLOS. Dios te oiga.

ESCENA VI

DICHOS.—EL MÉDICO.

MÉDICO. ¿Qué tal vamos, Carlos?

CARLOS. Mal, don Rufino, mal.

MÉDICO. Es más la aprensión que la dolencia. ¿Y usted, Julia?

JULIA. Yo bien, gracias; pero ¿por qué se ha molestado en venir hasta aquí sin haberle avisado?

MÉDICO. No es molestia; es que os aprecio, y como tengo un enfermo en el segundo de esta casa, he querido subir aquí antes para enterarme del curso de la enfermedad de Carlos; además, le traigo una preparación que le ha de aliviar algo. Vamos á ver el pulso. *(Le pulsa.)* ¿A ver los ojos? *(Le alza los párpados.)* ¿Y el ataque le ha repetido?

JULIA. Sí, señor.

MÉDICO. Pues eso es lo que hay que evitar; yo sigo estudiando con verdadero interés esta enfermedad y por eso le traigo esta medicina para que se frote las sienes cada seis horas, *(Saca un frasco y le deja sobre la mesa.)* Echáis en una taza tres gotas de esta mistura y cinco de láudano; esto es suficiente. Tened cuidado

con lo que contiene el frasquito, pues usándolo con exceso es un veneno de los más activos y moriría el que lo bebiera á los pocos minutos. Ahora voy al cuarto segundo á visitar al otro enfermo.

JULIA. ¿Y encuentra usted mejor á Carlos?

MÉDICO. Sí, está más animado. *(Coge de la mano á Julia y la lleva al otro lado de la escena. Carlos va detrás y escucha.)* Pero quedará ciego; el nervio óptico ha perdido toda su fuerza. Sería un verdadero milagro el que sanara, porque, además de la debilidad extremada que tiene, se le reune otra enfermedad casi peor; la postración, que trae su origen del alma, la medicina es impotente para combatir ese abatimiento moral.

JULIA. ¡Oh, Dios mío! ¿Y qué hacer?

MÉDICO. Tener resignación é intentar hacer todo lo que humanamente sea posible.

JULIA. Sí, sí, se hará.

(Carlos se sienta sin que le vean.)

MÉDICO. Me retiro. Si ocurre algo, me avisáis enseguida. Adiós, Carlos; ánimo, hombre, ánimo. *(Va y vuelve dirigiéndose á Julia.)* ¡Ah! Se me olvidaba. Procure usted evitar por todos los medios que no tenga ninguna emoción fuerte, ni de alegría ni de tristeza, pues se quedaría ciego antes de tiempo. *(Vase.)*

ESCENA VII

JULIA. — CARLOS.

JULIA. Ya has oído al médico, que estás mejor.

CARLOS. Sí, lo he oído. *(Se ríe tristemente.)*

JULIA. Te vuelvo á dejar solo, pues voy á la tienda...

CARLOS. ¿A qué? Si no tenemos dinero.

JULIA. Ya sabes que el tendero es caritativo y nos adelantará algo para hacer la comida; ten cuidado, que queda abierta la puerta; antes

siempre lo estaba porque era difícil que nos robaran, pero ahora que tenemos esperanzas *(Riéndose.)* es diferente. *(Mutis.)*

CARLOS. Bueno, mujer.

ESCENA VIII

CARLOS.

¿Qué porvenir le espera á Julia si yo me quedo ciego? No quiero pensarlo; ella, hambrienta, trabajando sin descanso para procurarse su sustento y el mío, aniquilando sus fuerzas en inútil lucha contra la miseria; más tarde, caerá enferma y tendrá que ir á un hospital, el último baluarte del pobre. *(Pausa)* Y yo, faltándome su ayuda, tendré que mendigar de puerta en puerta un pedazo de pan para alargar esta miserable vida de desengaños, de privaciones y de tristezas; no, el que estorba soy yo, que soy una carga pesada; ella sola puede salir adelante... *(Pausa.)* ¡Infeliz Julia mía! ¡Un homicidio!... Y no he muerto al oir la espantosa declaración hecha por el Médico... Sí, la muerte es mi única esperanza... ¿Qué me detiene? ¿El temor? No; es Julia, es el recuerdo de su inmenso cariño; es la vaga esperanza de volver á ver á mi hijo; de estrecharle entre mis brazos... pero tener siempre que vivir entre tinieblas, sin más consuelo que el que me prodiguen para aminorar mi desesperación..., *(Pausa.)* Pero ¿soy yo algún malvado para que tiña mi conciencia de remordimientos y de manchas de impurezas, como tiñe la sangre la adusta faz del criminal al hacerla saltar del corazón de la víctima? No; no tengo de qué arrepentirme: mi vida ha sido un modelo de virtud y de honradez, y, sin embargo, la fatalidad me persigue por todas partes con fiera saña. *(Llevándose las manos á la frente.)* Pero estoy dispuesto á que no me persiga

más. *(Coge el frasco que ha dejado el Médico.)* Ha dicho el doctor que este es un veneno de los más activos usándolo con imprudencia, pues yo lo tomaré sin vacilar. No es el veneno quien mata, sino la maldad del asesino, y yo voy á ser el asesino de mí mismo; es decir, no, voy á ser el médico que me cure radicalmente. Perdóname Julia. *(Coge el frasco y va á beber, al tiempo que entran Luis y Felipe.)*

ESCENA IX

CARLOS.—LUIS.—FELIPE

LUIS, Carlos, ya estamos de vuelta; hemos cumplido nuestra palabra de volver esta tarde á hacerte compañía.

CARLOS. *(Dejando el frasco.)* Lo siento.

FELIPE. ¿Qué dices?

CARLOS. Digo que... lo siento os hayáis molestado por mí.

FELIPE. No seas tonto, hombre; para nosotros no es molestia el estar al lado de un antiguo amigo.

LUIS. Mira, trae tu silla y siéntate aquí en medio de los dos.

CARLOS. Estoy á vuestra disposición. *(Luis y Felipe le cogen cada uno de un brazo y le hacen sentar en una silla en el centro de la escena; ellos permanecen en pie cada uno á un lado.)*

PELIPE. Vamos, Carlos, desecha esa tristeza y anímate; ya vendrán otros tiempos mejores.

LUIS. Eso creo yo. De la noche á la mañana podemos ser ricos.

FELIPE. Y así lo dicen los magistrados en las sentencias del Tribunal Supremo: «El estado de pobreza es un azar de la vida que cambia con frecuencia».

LUIS. Casi hablas en verso.

FELIPE. No, yo hablo por boca de... magistrado.

LUIS. Es verdad.

FELIPE. Además, cuando ellos lo dicen será verdad, porque esos señores no se equivocan nunca.

FELIPE. Oye, Carlos, parece que no nos escuchas. ¿En qué piensas? ¿Te molestamos?

CARLOS. ¡Oh, no! Es que tengo un presentimiento horrible. Mi hijo... Mi hijo debe haber muerto... No escribe hace mucho tiemqo; tengo ganas de llorar y no puedo. Esta es mi vida: en una hora, un minuto de consuelo y cincuenta y nueve de tristeza. ¡Feliz la idea que aprendemos riendo; las más amargas las aprendemos llorando!

LUIS. Vamos, ten conformidad.

FELIPE. Sí, sí, resignación. La patria...

CARLOS. La patria me ha pedido un hijo lleno de salud y vida y me devuelve un cadáver.

FELIPE. ¿Y si ha muerto como un héroe, como un valiente?

CARLOS. A ese héroe, á ese valiente, como es un pobre soldado, ni se le da recompensa, ni debe brillar nunca.

ESCENA X

DICHOS.—JULIA, *con un envoltorio de papel en la mano, que dejará sobre la cómoda.*

JULIA. ¿Han almorzado ya?

LUIS. Sí, señora, nuestras comidas son tan breves...

FELIPE. Como que no tienen principio ni fin.

LUIS. No digas eso; si se componen de tres platos.

JULIA. ¿De tres?

LUIS. Sí, señora; de sopa, garbanzos y carne.

JULIA. Es verdad. *(Se ríe.)*

FELIPE. Y que no falte, porque algunas veces se mantiene uno de *fi-ambre;* pero, es lo que yo digo: aunque uno coma mal, nadie lo sabe, porque el estómago no tiene vidrieras. *(Todos se ríen.)*

LUIS. Estamos conformes.

JULIA. Pues yo todavía no he hecho el almuerzo, la comida ni la cena; hemos tenido que reducir

la ración, y el día que almorzamos, no cenamos ó viceversa.

CARLOS. Me estás engañando, Julia, pues á mí no me falta ningún día el alimento necesario.

JULIA. Es que tù estás muy débil y necesitas reponerte. Yo soy más fuerte y me paso muy bien con una comida.

CARLOS. ¿Veis, amigos míos? ¿Hubiera podido encontrar yo otra mujer como ésta? Privarse de su alimento, carecer de todo porque yo viva...?

LUIS. ¿Te extraña eso siendo mujer de un obrero?

CARLOS. Sí, porque como Julia hay pocas mujeres.

JULIA. No le hagan caso, pues hoy se ha empeñado en elevarme á las nubes. (*Riendo.*) Además, tú, cuando trabajabas, satisfacías mis menores caprichos, y pájaros que fueran volando y se me antojaran, pájaros que me traías. Esta no es más que la ley de mutua correspondencia. El obrero se sacrifica por su mujer y sus hijos, trabajando sin descanso, y cuando llega á viejo ó se inutiliza, se le debe auxiliar... se le debe ayudar... y esto lo hace la mujer de un obrero.

CARLOS. Gracias, Julia.

FELIPE. Tienes una mujer de talento.

JULIA. ¡Oh, no! Es que mis padres me dieron una educación bastante esmerada, haciéndome aprender el francés y la música.

LUIS A propósito de música; hemos contado con usted para dar una función dramática á beneficio de Carlos. Felipe, ¿tienes ahí el programa que redactamos ayer en el taller?

FELIPE. Precisamente le he traído.

LUIS. Dásele á Julia que le lea, á ver qué le parece. (*Felipe da un papel á Julia.*)

JULIA. (*Leyendo:*) «Salón Variedades. Gran función á beneficio de Carlos Peroy. Orden del espectáculo:

1.° Sinfonía.
2.° *El poeta de guardilla.*
3.° *El que nace para ochavo...*
4.° Estreno del monólogo titulado *El canto de un ángel*, escrito expresamente para la

Sra. D.ª Julia Manrique; esposa del beneficiado, la cual cantará varios trozos de ópera, acompañada de la orquesta.
Y 5.º El sainete titulado *Pancho y Mendrugo*. (*Devuelve el papel á Felipe.*) Está bien; pero hay un inconveniente para mí.

LUIS. ¿Cuál?

JULIA. El que no tengo ropa á propósito para presentarme ante un público y...

LUIS. Eso es lo de menos; ese inconveniente se salvará.

FELIPE. ¿De modo que contamos con usted?

JULIA. Si Carlos quiere...

CARLOS. ¿Cómo queréis que me niegue?

LUIS. Además, es para aliviar tu angustiosa situación.

FELIPE. Mañana mismo van á empezar los ensayos.

JULIA. Por dónde voy á recordar ahora mis buenos tiempos.

ESCENA XI

DICHOS.—PEPE, *que vestirá traje de rayadillo, sacará una maleta de mano, que dejará en un rincón.*

PEPE. (*Dentro.*) ¡Madre! ¡Padre!

JULIA. ¿No habéis oído? Esa es la voz de Pepito... Corramos....

PEPE. (*Saliendo.*) ¡Padres!

CARLOS. }
JULIA. } ¡Hijo! (*Quedan abrazados los tres. Luis y Felipe se retiran á un lado; después de una pausa se separan.*)

JULIA. Creíamos que habías muerto.

CARLOS. Ven, hijo querido, quiero estreharte otra vez entre mis brazos. (*Se abrazan. Pausa. Separándose.*) Quiero verte... ¡Oh! ¿Qué es esto? ¡Tinieblas por todas partes! ¡Julia, abre esa ventana! ¡Esta obscuridad es horrible!

JULIA. Corred, amigos míos, buscad al doctor; aún debe estar en el cuarto segundo, y si no en la casa de al lado, que es donde vive. (*A Luis y Felipe.*)

LUIS. Al momento; tú al cuarto segundo, y yo á su casa, (*Vanse.*)

ESCENA XII

CARLOS.—JULIA.—PEPE.

(Julia y Pepe le cogen cada uno de la mano y le sientan al lado de la mesa.)

PEPE. Madre, no sabía que estaba padre enfermo. ¿Qué enfermedad es esa?

JULIA. ¡Hijo querido! Te voy á entristecer si te digo la verdad.

PEPE. Quiero saberlo todo, no me ocultéis nada.

JULIA. Tu padre pierde la vista y muere de debilidad... y yo... yo también moriré de anemia... se me van agotando las fuerzas... He hecho por tu padre todo lo que humanamente he podido por darle alimentos; en cambio, yo me he pasado los días sin comer. A ti no me importa decírtelo. ¡Tengo hambre! *(Llora.)*

PEPE. *(Abrazándola.)* ¡Madre mía! *(Separándose y limpiándose los ojos.)* ¿De modo que estáis en la más espantosa miseria?

JULIA. Ya lo ves; ni aun sillas tenemos.

PEPE. Afortunadamente he llegado á tiempo. Soy rico... tengo doscientos pesos y una cruz pensionada, lo suficiente para salir de esta situación.

JULIA. ¡Hijo! ¿Verdad que no nos abandonarás?

PEPE. Nunca, madre mía. Mi corazón ha muerto para el amor; ya sabéis que antes de ir á la guerra tenía relaciones con Emilia, pues desde este momento renuncio á ellas y no me separaré de vuestro lado.

JULIA. Eres un buen hijo.

PEPE. Pero estamos angustiando á padre; nos estará oyendo y...

JULIA. No temas; cuando le da un ataque como el de ahora, se queda sin ver ni oir... por eso tengo confianza en que se reponga; otras veces le ha pasado lo mismo.

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS.—LUIS.—FELIPE.—EL MÉDICO

LUIS. Aquí está el doctor.
MÉDICO. No ha sido mala suerte encontrarme en casa. Vamos â ver, ¿qué ha pasado aquí?
JULIA. Otro ataque, del que aún no ha vuelto en sí.
MÉDICO. Veamos. *(Le examina el pulso y los ojos.)* ¡Caramba! ¿Ha sufrido alguna emoción fuerte?
JULIA. Sí, señor. Hace un momento acaba de llegar Pepito de Filipinas, á quien creíamos muerto, y como nos ha cogido de sorpresa...
MÉDICO. Ya os dije que lo evitáseis.
JULIA. ¿Y qué opina usted?
MÉDICO. Quisiera engañaros, pero es una triste realidad... Carlos no volverá á ver más la luz del día. Está ciego.
FELIPE. / LUIS, ¡Ciego!
JULIA. ¿Ciego? *(Con ansiedad. El Médico hace un signo afirmativo.)*
PEPE. ¿Y por mi causa? ¿Por no haber avisado mi llegada? ¡Maldición!
MÉDICO. No hay que desesperarse; tarde ó temprano tenía que suceder esto. Volvámosle á la vida real. *(Saca un frasquito y se le aplica á las narices. Pausa.)* Ya vuelve en sí. Vamos, Carlos, ¿qué es eso?
CARLOS. ¿Quién me habla?
MÉDICO. Soy yo, el médico.
CARLOS. ¡Ah! ¡Don Rufino! ¿Y mi hijo?
PEPE. Aquí estoy, padre, á vuestro lado.
CARLOS. ¿Y Julia?
JULIA. También á tu lado.
LUIS. Estás con tus amigos...
CARLOS. Sí os oigo, pero no os veo. ¿Qué es esto, don Rufino, ha llegado ya el triste desenlace de mi vida?
MÉDICO. ¿Quién sabe? La realidad existe; por el momento estás ciego, pero el médico no debe

desconfiar nunca de la curación de un enfermo, porque la medicina, la ciencia....

PEPE. ¿Creeis que curará? *(Al médico.)*

MÉDICO. ¡Oh, sí! *(Hace un signo negativo.)*

CARLOS. Me engañáis, doctor; eso lo decís por animarme, yo no tengo cura, es decir, si la tengo..

MÉDICO. ¿Cómo?

CARLOS. *(Busca á tientas y coge el frasco.)* Este frasquito... es el que me devolverá la quietud del alma... él reposo del cuerpo... ¡ja, ja, ja...! *(Risa prolongada y sardónica.)*

MÉDICO. Esa risa me intranquiliza, no me gusta. *(Aparte á Pepe y Julia),* quitadle ese frasco; es un veneno y pudiera... ¿Me comprendéis? *(Julia y Pepe forcejean, quitándosele.)*

PEPE. ¡Padre!

JULIA. ¡Carlos!

CARLOS. No me le quitéis, no... ¿No véis que es mi curación? *(Risa.)*

MÉDICO. Otra vez esa risa...

PEPE. Padre, yo creía que nos querías á madre y á mí, pero he sufrido un desengaño cruel. ¿Es verdad que no nos quieres?

CARLOS. ¿Y me lo preguntas?

PEPE. Es claro.

JULIA. ¿Qué intentabas hacer?

FELIPE. Dice bien Julia.

LUIS. ¿Querías agravar más la situación de Julia y de tu hijo?

MÉDICO. ¿Un suicidio? Pues ten entendido que el hombre que se mata es un cobarde....

CARLOS. Nunca lo he sido.

MÉDICO. Sí, es un cobarde, porque no tiene valor para luchar contra los reveses y contrariedades de la vida.

CARLOS. Tenéis razón... sigamos padeciendo... yo me acostumbraré á las tinieblas... á la noche eterna. ¿Verdad que esto es sublime y que debo tener apego á la vida? *(Risa y cae abatido.)*

MÉDICO. El estado de Carlos me inquieta. Hay que cortar estos accesos, que muy bien pudieran acabar en locura. Dadme pluma y papel: voy á recetarle una tisana que le calmará.

JULIA. Don Rufino, si no tenemos recado de escribir...

FELIPE. Bajaré por ello.

PEPE. Yo tengo el tintero de viaje. Esperad un momento. *(Abre la maleta y saca un tintero de viaje, papel y pluma.)*

MÉDICO. *(Escribiendo. Pausa.)* Julia, cuando traigan esta medicina, la agitáis bien antes de dársela. Luego os mandaré por escrito el plan que habéis de seguir con Carlos.

JULIA. Se hará lo que se pueda.

MÉDICO. Yo me retiro. Si ocurre algo, me avisáis enseguida.

JULIA. ¿Con qué os pagaremos tantas molestias? ¡Oh, si algún día!...

MÉDICO. Ya os he dicho que no me habléis de eso. Carlos, valor. Adiós. *(Vase).*

CARLOS. ¿Estáis conformes con nuestra situación?

PEPE. Sí, padre, no os preocupéis por eso; buscaré trabajo, soy joven y os aseguro que no les ha de faltar nada.

CARLOS. Sí, lo creo, porque eres un buen hijo; pero no os quiero ser gravoso, y... he pensado que me compréis una guitarra para salir por las noches; todavía recordaré algo.

PEPE. Eso nunca

LUIS. Ese extremo no ha llegado todavía; Felipe y yo te daremos todos los sábados dos pesetas cada uno de nuestro jornal.

CARLOS. Gracias, amigos míos.

JULIA. Hasta ahora les he dejado hablar. Además de Pepito, ¿no estoy aquí? ¿No puedo trabajar aún? Esta es mi obligación, como lo es la de todas las mujeres que se encuentren en mi lugar, excitándolas á que ayuden à sus maridos.

(Al público.)

Público amigo y severo,
mitigad mi situación,
dando un aplauso al autor
de LA MUJER DE UN OBRERO.

Fin de la comedia.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

ESTRENADAS

Una Niña simpática, juguete cómico en un acto y en prosa.

La Caja de dulces, ídem, íd.

El Brujo de Madrid, ídem íd.

Por tomar la alternativa, cuadro de costumbres taurinas, en prosa.

ESTRENOS

Concurso de novias, zarzuela en un acto.

La Fiesta de Todos los Santos ó el demonio en Santorcaz, zarzuela en un acto y tres cuadros.

Percances de Carnaval ó los dos osos, juguete cómico en un acto y en prosa.

PUNTOS DE VENTA

En la Sociedad de Autores Españoles, Salón del Prado, número 14.

Librería de Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, número 4.

Librería de Núñez Samper, San Bernardo, 34.